

PARENTESIS

LA CORRESPONDENCIA
A LA DIRECCION.

DIRECCION: GARIBAY, 18, BAJO.

NO SE DEVUELVEN
LOS ORIGINALES.

AÑO I.

Sábado 1.º de Diciembre de 1883.

NÚMERO 15.

UN CIGARRILLO.

I.

NOLASCO.

—¡No fuma usted! dije, alargando un cigarro de papel á Nolasco, un anciano periodista de gran actividad y notable instrucción.

Hizo un gesto de disgusto, rechazando la oferta. En efecto; olvidé que jamás le había visto fumar, y como por broma, pensando que una repugnancia física le hacia enemigo del tabaco insistí.

—Vamos, fume usted siquiera por una vez; y volví á alargarle el cigarillo.

—¡Fumar yo! exclamó espantado y palideciendo al ver cerca de sí el cigarro de papel ¿qué quiere usted de mí, amigo mío? añadio exaltado, huyendo del cigarro como de un arma venenosa.

Yo me eché á reír.

—¡Pero qué cosa más extraña! pensé al ver la cara de terror de mi respetable compañero. ¡Bah! otra rareza, me dije, á pesar de que nada me infunde más respeto que estos hombres que á la vista de las gentes suelen pasar por estafalarios y ridículos, sin que nadie se cuide de averiguar si lo que se toma por capricho extravagante tiene un natural y juzificado motivo; pero la verdad, ver un hombre tan serio hacer ante un cigarrillo de papel los gestos de esplanto, que fueran ridículos áun en una damisela, me hizo recrudecer la broma.

—Hombre, es usted un enemigo tan irreconciliable del tabaco, producto, segun los musulmanes, de la saliva que el Profeta arrojó al absorber la herida que le hizo una víbora, veneno dulce y sagrado. Vamos, un cigarrillo... Y tomé expresión de Yago malvado, de Sancho socarrón y de Mefistófeles tentador.

—He fumado, contestó. ¡Oh, por Dios, dejeme usted! ¡No le basta mirarme! Un cigarro me hace sufrir horriblemente.

Estaba lívido; luego del esplanto, debió sucederse la irritación. Nolasco debió, en efecto, padecer mucho en tan brevísimos tiempo. Su seriedad me impuso.

—No insisto... ¿quién podía pensar?... me he permitido una broma que no creí mortificara á usted. Respeto á usted mucho, y le debo instrucción y consejo, para que mi intención fuera otra que la que inspira una confianza cariñosa... perdóneme usted, amigo Nolasco, y como prueba de cuánto decía yo mismo, arrojé mi cigarrillo que cayó destripado al suelo.

Me contestó Nolasco con una bondadosa sonrisa... y cubriendo la cara con un monstruoso periódico americano, volvió á su trabajo y yo á mi tarea.

Estaba yo disgustado, sentía haberme permitido una libertad tan pueril... ¡pero no era inocente!

El lo debió comprender; cuando salimos del trabajo me dijo:

—No sufra usted amigo mío; acompañeme usted á casa, sabrá usted todo.

—¿De qué se trata? pregunté asombrado.

—Del maldito cigarro! dijo con mal humor.

—¡Ah! exclamé con pena.

Pero sentí reír en mí la innata crueldad humana.

II.

LUCÍA.

Entramos en casa de Nolasco, me hizo pasar á su cuarto de estudio; una barahunda de papeles y una Babel de libros le llenaban; descargando estaba el anciano periodista una silla sobre la que había una torre de periódicos, y no me había ofrecido asiento, cuando entró en el cuarto una preciosísima niña como de unos diez años, y se abrazó á las rodillas de mi amigo; una señora de mediana edad asomó su dulce cabeza por la puerta: era su esposa.

—Ola, papá, dijo la niña gozosa.

Mi amigo no había abandonado su aspecto triste, y sentándose tomó con sus manos la cabeza de la niña, y dijo:

—Verdad qué es bonita! mire Vd., y se dirijó á mí. Me acerqué á besar á la hija de mi compañero, una niña de blondos cabellos rubios, cara hermosa, palpitante de alegría, una frente blanquísima que esperaba un beso, unos labios chiquitos que prometían mil.

—Esta es mi Carmencilla, dijo Nolasco. ¡Vé Vd., sus ojos! Son hermosos: ven la luz del sol, ven los juguetes, ven á sus padres, pueden verlo todo...

—Por Dios, Nolasco, exclamó con acento apenado la esposa de mi amigo, que no había pasado de la puerta.

Confieso que dudé del estado de razon de mi anciano compañero.

Este hizo una señal con la mano, como suplicando á su señora que se alejara.

—Papá! dijo la niña con acento de cariñosa súplica.

—Vé usted estos ojos! continuó Nolasco, dirigiéndose á mí.

Los miré, en efecto; eran hermosos, de largas pestañas, rasgados, españoles; la luz arancaba de ellos los secretos de reflejos irisados: en su fondo se adivinaban trasparencias inocentes, un mundo de sueños infantiles, divinos pensamientos, como á través del mar diáfano las mágicas del coral, indecisas y riñúsimas.

—Hermosos ojos! dije.

El anciano se dirigió á una puerta contigua y la abrió bruscamente.

—Sal, Lucía, dijo.

Sentí pasos, y apareció á mi vista una jóven de diez y ocho años, esbelta, elegante, de pelo rubio, de la misma hermosura que la hija de mi amigo, realizada por la esplendidez de una adolescencia encantadora y por un misterio inexplicable andaba reposadamente con las manos extendidas como los sonámbulos y los ojos cerrados.

—Es ciega, gritó con voz honda y ahogada el padre.

—Hace diez años, ella, como su hermana Carmen ha venido hoy, vino á mí, se abrazó á mis piernas, yo tenía un cigarrillo en la boca, porque era fumador incorregible, y la niña, con un impulso de ángel, con su vuelo infantil, con su regocijo cariñoso, dióme un golpe tal que no tuve tiempo, ó tan imbécil fuí que no le halle, de quitar el cigarro de los labios, descomponíuse el cigarro y el fuego cayó esparcido en

chispas en los ojos de la niña que gritó horriblemente.... ¡Había cegado!

Nolasco cayó abatido en la silla, arrastrando en sus brazos á su hermosísima hija.

—Yo, yo que la idolatra, la he privado del sol!—exclamó.

Sentí un frío intenso, dos lágrimas brotaron de mis ojos y con la mano que tenía en el bolsillo del pantalón estrujé mi cajetilla de cigarros, y hubiera estrujado... fanatizado por la emoción á los 900 millones de fumadores que hay en el mundo.

Para que se vea cómo lo trágico puede saltar de la chispa de un cigarro.

J. Zalonero.

NEGUA.

Allegatu zazkiguk ire otz, bustiak; Euri, aize, izotzak eta ekaitz guziak. Zikindu dituk ibai, iturri garbiak; Zillartu ibar, zelai, mendi ta erriak. Ire etorrarekin, arbola apainduak Ikuusitzen dizkigu choll itsusituak: Ezur uts egiñikan oian orritsuak; Otadi; barrutiak oso larrutuak. Menditik eziñ digu ekarri egurrik: Ez ditezkek ardiak irten artegitik; Abelgorrientzako, ez digu zer janik: ¡Ez ago guk nai beziñ laster iragorik! Chori gaisoak ere iges ditek ariñ Kabi bero politak utzi eta egiñ: ¡Errukienak! gnora zijoaztek oraiñ Lajaturikan emen ainbeste aisegin?... Ez lezakek artzaiaak salechetik irten, Zeren ez dek elurra beñere gelditzen: Eta, otso odolzale batek dik izutzen Zaiolako atera kontuz urbildutzen. Yzotzarekin galdu dituk landareak; Erre niñika mardul, orri ta loreak, Emango zituztenak sarri laboreak: ¡Uztaren truk izango dizkigu goseak!

Itsa urdiñak ere oso dituk naasi: Arrantzalechoari ez diok nai utzi Aur mainteentzat ogia dezan irabazi: Urzelaietan ere, azkenik nagusi. Zeren jaunarekiko konfiantzarekin, Yñoz irteten bada dembora onakin, Egaztiak oi duen gisa elchoakin, Irehitzen dek ira izugarriakin. Atez ate zebiltzak eskale gaisoak Dituztela agirian aztal ta zangoak: Oen gose ta otzak dituk alakoak Ezik, zerizkiotek begitik malkoak. ¡Aur urrikariak! ez dituk atrebitzen Jaunaren izenean zerbait eskatutzen: Añ miserí audiak zituzten sufritzen Eze, ilotzik dituk lurrera erortzen. Orra zer naigabeak sortutzen ditukan: Egi egiaz, ez dek emen gauzarikan Iretzat ez duenik arrenkuraran; Nai arren ezin ditek itz bat onik esan, ¡Zeñen biotz gogorra dekan! ¡oh Negua! Baldin inpernukian bai aiz biraldua, Ire kastiguakin on dediñ mundua, Onduko gaituk, eta, berriz ara ua.

C. DE OTARQUI.

Ondarribian Azillaren 25an 1883.an